



Texto **Giles Foden** Fotografías **Philip Lee Harvey**

EL VUELO DEL AGUA

Los espectaculares paisajes de Venezuela esconden muchos secretos y a lo largo de los años han incitado a aventureros intrépidos a buscar riquezas y sabiduría

La catarata parece caer a través de la eternidad. Tamizada en su propio tamiz –suspendida en el aire, tambaleándose pero nunca paralizándose– parece formar parte de un mundo en el que el tiempo se haya ralentizado, o de algún modo se haya cancelado por completo. Hay razones para explicar cómo se forma esta impresión en mi mente. El agua de arriba va desacelerando al chocar con el agua de más abajo y así sucesivamente.

El salto de Angel transcurre por una de las formaciones naturales más antiguas del mundo: las montañas achatadas tepui que se elevan, brusca e inconcebiblemente, desde la Gran Sabana. Esta vasta zona de páramo y selva es el corazón de Venezuela. Las tepuis son restos geológicos de Gondwana, un súpercontinente que existió hace unos 180 millones de años, cuando África y Sudamérica estaban unidas geográficamente.

Silencioso y embelesado, sentado sobre unos peñascos frente a las cataratas, observaba la espuma de la cascada, cayendo y envolviéndose en la corriente. A 979 metros de altura, el salto de Angel es la catarata más alta del mundo, un “río vertical” que ha maravillado a muchos. En un momento de inspiración me di cuenta de que su movimiento ejemplificaba la eterna danza de la humanidad entre el holismo y la separación; todo está conectado, una cosa fluye en otra pero, para organizar y conceptualizar, necesitamos separar las experiencias. De hecho, la razón por la que yo estaba en el salto de Angel era para seguir los pasos de alguien. Alguien cuya obsesión de toda su vida quedó sin resolver.

El aviador y explorador Jimmie Angel era piloto acróbata de pruebas y piloto extra de cine en Estados Unidos antes de marcharse a Sudamérica, donde trabajó como piloto para expediciones científicas y estatales. Su encuentro con las cataratas de Auyántepui, la montaña desde la que descienden, parece más bien una novela. Al parecer comenzó a principios de la década de 1920, cuando

Angel, según la leyenda, estaba en un bar en Panamá. Entabló conversación con un geólogo de minas llamado J. R. McCracken. Al descubrir que Angel era piloto, el ingeniero le ofreció 5.000 dólares para volar a un destino misterioso en Venezuela.

McCracken no desveló su destino y sólo indicó a Angel en un mapa hacia dónde dirigirse. En lo más profundo de la Gran Sabana, el avión aterrizó en una zona verde de una extensa tepui. Nada más desembarcar, McCracken comenzó a cribar en un río. Maravillado, Angel vio cómo el buscador de oro llenaba un saco de pepitas de oro. Cuando la luz empezó a desvanecerse y decidieron regresar, el saco pesaba tanto que Angel temió no poder despegar.



El mito y la leyenda rodean al aviador estadounidense Jimmie Angel, que dio nombre al salto de Angel en Venezuela. Nació en Missouri en 1899



Poco tiempo después McCracken murió en Estados Unidos. Con él se llevó la posición exacta del río de oro, aunque Jimmie Angel pasaría el resto de sus días intentando encontrarlo. Principalmente porque el río no figuraba en los mapas de la época, Angel pensó que estaría en Auyántepeui, la mayor y más remota de las tepuis de la Gran Sabana. Volando alrededor de esta inmensa roca, el 18 de noviembre de 1933, vio por primera vez el espectacular panorama que se conocería como el salto de Angel.

En realidad son dos cataratas, o una con dos cascadas que se entrelazan antes de estallar sobre una roca más abajo y tronar al adentrarse en el desfiladero. La fuerza crea más vapor de agua que rebota hacia arriba para encontrarse con el descendiente. Las nubes, mecidas por el viento sobre el valle, cuando se encuentran esta feroz presa, debe sentir ser como si les estuvieran robando.

La corriente amaina según merma la inclinación y el agua se convierte en río, serpenteando a través de las verdes mansiones del bosque. Pero bajando a pie desde el mirador, sobre raíces de árboles entrecruzadas: o parando en un claro del bosque yo aún puedo escuchar el estruendo de la cascada, matizado por los árboles.

Al pie de la montaña estaba el sencillo campamento en el que había pasado la noche anterior. Al darme cuenta de que estaba cubierto de mugre por la escalada, fui a bañarme al río. Por encima de mí, según estaba echado sobre la corriente del río, cruzaban los cielos dos águilas de enorme envergadura. Y aún más arriba estaba la escarpada silueta del Auyántepeui.

A más de 900 metros por debajo podía ver la estrecha apertura en la roca a través de la cual las aguas de la cascada estallaban en el aire en su camino hasta convertirse en las aguas en las que ahora me sumergía. Según miraba, el tepui circundante tomó un matiz purpúreo, como si se preparara para la noche corriendo alrededor una cortina de niebla y nubes.

A la mañana siguiente, cogí una canoa autorizada hacia el lago de Canaima, el lugar donde comienza la ruta del salto de Angel. El viaje duró cuatro horas, pero se hizo a toda velocidad, con la pericia de los conductores de la tribu pemón esquivando cuidadosamente rocas y terraplenes. El barco pasó varias veces del sol al diluvio y viceversa. Las tepuis influyen en gran medida sobre el clima.

En el pequeño poblado de Canaima, que sería pobre si no fuera por el turismo, se acumulan las aguas de las tepuis circundantes, canalizadas entre acantilados gigantes en el salto del Sapo (Venezuela es la tierra de las cataratas). Es posible nadar allí, pasando entre un par de palmeras gigantes como una magnífica entrada en la espuma. Estar detrás de la cortina de agua en Sapo altera de nuevo la perspectiva personal sobre el agua que comenzó en lo alto de la meseta, recogida durante la temporada lluviosa de mayo a octubre.

Desde la pista de aterrizaje de Canaima tomé un avión pequeño hacia Kavak, un campamento silvestre en medio de la Gran Sabana. En el trayecto, volando sobre la ondulada pradera, el piloto leía el



periódico local y de vez en cuando echaba un vistazo al navegador GPS portátil envuelto en un guardapolvos amarillo, o hablaba por radio bajo su gran bigote mexicano.

¿Hubiera sido capaz Jimmie Angel de encontrar este río de oro, si hubieran existido entonces los GPS? Algún lector puede pensar que sí, pero esas viejas avionetas disponían de longitud y latitud, y de brújulas y otros instrumentos, así que deberían haberlo encontrado de nuevo. Él incluso puso a su monoplano, un Flamingo 1929, el nombre del Río Caroní, el mayor río de la Gran Sabana, por el que se guiaba para navegar por la región. Pero una vez que ves desde el aire la sublime naturaleza de la Gran Sabana en general y del Auyántepeui en particular, te das cuenta de lo fácil que sería perderse, incluso con instrumentación y un buen sentido de la navegación.

¿Y si, cuando vuelves, nadie te creyera? Cuando Angel regresó de su primer vuelo alrededor de las cataratas en 1933, la gente pensaba que estaba contando un cuento. Aunque habitada por los indígenas kamarakotos y otras gentes pemón, la Gran Sabana no era muy conocida en el exterior.

Cuatro años después, el 9 de octubre de 1937, Angel volvió a las cataratas en *El Río Caroní*. Ese día iban a bordo su esposa Marie, un apuesto explorador venezolano llamado Gustavo Heny y el sirviente de Heny, Miguel. Las ruedas del avión rozaron la zona tupida de hierba en la que Angel quería aterrizar y entonces, abruptamente encontró terreno más blando, cayó en picado y enterró el morro y la hélice en una ciénaga. Por fortuna, el equipo iba bien provisto de



alimentos, cuerda y hasta una tienda de campaña y machetes. Anduvieron durante 11 largos días antes de llegar al poblado más cercano, donde fueron asistidos por los kamarakotos.

Desde entonces las aventuras de Angel se han asociado al “descubrimiento” de las cataratas. Para los kamarakotos, por supuesto, Auyántepeui siempre había existido. Era (y todavía es) parte de su cosmogonía, Auyán significa “diablo” y tepui significa “casa”. En cuanto al salto de Angel, en 2009 el presidente venezolano, Hugo Chávez anunció su intención de cambiar el nombre a Kerepakupai Merú, como lo llaman los indígenas y que significa “cataratas del lugar más profundo”. Sin embargo, el presidente dijo más tarde que no decretaría el cambio. La mayoría de los venezolanos aún lo llaman el salto de Angel.

Al aterrizar descubrí que Kavak estaba cerca del pueblo de Kamarata, donde viven muchos kamarakotos. Algunos de ellos trabajaron en el campamento. Caminando entre las palmeras que rodean el solitario poblado de cabañas, agradecí la oportunidad de hablar con George, un guía local, sobre la cultura de la tribu. “Ese no es mi nombre verdadero”, me dijo, “sólo lo utilizo porque el indio es demasiado difícil de pronunciar para los turistas”.

Continué hablando de las amenazas a la identidad cultural de los kamarakotos y los pemón, principalmente la migración, la enfermedad y la falta de transmisión de conocimientos entre generaciones. “Estas son palmeras moriche, el Árbol de la Vida”, señaló George, conduciéndome a una de las cabañas para mostrarme cestos, zapatos y tejados de hojas de palmera. “Un gusano que vive en el corazón de la palmera fue uno de nuestros manjares. Pero todas estas cosas se están perdiendo”.

El propio George recordaba haber hablado con algunos de los pemones que ayudaron a Jimmie Angel y sus acompañantes a bajar de la tepui después del accidente de avión; al escuchar esto me di cuenta lo reciente que había sido el encuentro de la Gran Sabana con Occidente. El avión de Angel, durante 30 años en lo alto de

Páginas anteriores: los cambios de color y las nubes dan al salto de Angel y el Auyántepeui un carácter caprichoso. Página contigua: la estrecha sima del cañón Kavak. Arriba: aguas corriendo sobre el mineral rojo en el salto Jasper en el parque Nacional de Canaima

Auyántepeui, volvió también, aunque transportado en piezas. Ahora se encuentra, restaurado, frente al aeropuerto Ciudad Bolívar.

Escalé por el cañón Kavak con George. Fue una caminata calurosa y agotadora pero Kayak, donde otra cascada se zambulle en un profundo barranco, es algo extraordinario. De algún modo, ofrece en horizontal, como experiencia táctil, lo que el salto de Angel ofrece visualmente en vertical: una serie de bruscos cambios en la velocidad de las aguas misteriosas.

Un momento estaba relajándome en un lago profundo y fresco, y un minuto después me agarraba a una cuerda, tirada por la corriente por una estrecha sima. A la cascada sólo podía acercarme hacia atrás. El fuerte espray punzante vigorizaba, pero sólo un



La montaña Roraima, la tepui más alta del Parque Nacional de Canaima. Situada en el punto de encuentro entre los países Guayana, Venezuela y Brasil

masoquista podría soportarlo mucho tiempo. Cuando llegó la hora de marcharme, me deslicé de forma atropellada de vuelta al túnel hasta llegar a la laguna de nuevo y nadar, admirando las lianas que colgaban desde arriba del acantilado.

Después de otro vuelo en un Cessna, llegaba a la cúspide de mi expedición: una ascensión en helicóptero a la montaña Roraima, la más conmovedora de las montañas achatadas. Cuyos escarpados precipicios y altiplanicie en forma de yunque sirvieron de inspiración a Sir Arthur Conan Doyle para su novela *El mundo perdido* y sus reencarnaciones cinematográficas de *Parque Jurásico* y *Up*. Roraima se eleva majestuosamente entre las nubes de Brasil y Guayana.

Con bruscos y aterradores descensos, el helicóptero giraba alrededor de la cara de la roca antes de dar pequeños tumbos al aterrizar en arenas cenagosas. Mirando alrededor, mientras aguantaba la corriente descendente, podía ver que era un lugar totalmente remoto y extraordinario. Basalto negro y plantas extrañas endémicas que sobresalían como dientes, entre las que había helechos, orquídeas y bromelias, daban la impresión de un planeta diferente o, tal vez, el nuestro en tiempos prehistóricos.

Acampé en uno de los llamados “hoteles” de Roraima –rocas que sobresalían y protegían algo de las frecuentes inclemencias del tiempo—. Desde aquí uno podía ver el vaho y la luz filtrándose a través de las hojas de bromelia. Parecía completamente probable que un dinosaurio asomara la cabeza desde detrás de los peñascos. Incluso más aún, volví a tener la sensación de estar en un lugar que simplemente no reconocía la medida humana del tiempo. Aquí sólo éramos una minúscula partícula de la historia.

Después de un desayuno de arepas y café, era la hora de volver a la montaña en el helicóptero, no precisamente el maratón que experimentó Jimmie Angel, pero sí el comienzo de un viaje lleno de obstáculos para los aventureros modernos. Inundaciones, retrasos de aviones, presencia militar derivada de la inestabilidad política y unas infraestructura que están pidiendo a gritos arreglos y modernización; todo esto hubiera sido una frustración a la que Angel no estaba acostumbrado –él sólo conocía la libertad de meterse en una pequeña avioneta con un río como guía.

En general, se puede decir que Venezuela es un país que no prodiga sus misterios. Simplemente llegar a cualquier sitio ya es difícil, a través de controles policiales, selvas y ríos crecidos. Quizás sea mejor por todo ello. La mejor experiencia, al menos para mí, fue nadar en las ancestrales aguas del cañón Kavac; desearía volver a hacerlo antes de morir. Y ahora que he visitado el salto de Angel, me consume la obsesiva historia del aventurero Jimmie Angel. Nunca encontró su río de oro, pero puede que no esté muy lejos de él incluso ahora. Porque años después de su muerte en 1956 –debida a una lesión en la cabeza sufrida durante un aterrizaje en Panamá– su esposa Marie, cumpliendo los deseos de su esposo, esparció sus cenizas sobre el salto de Angel. ♦